

LA HERENCIA DE SARMIENTO (*)

Sean mis primeras palabras portadoras de mi saludo a la provincia en la cual ví la luz y a la ciudad donde transcurrieron plácidamente los primeros años de mi infancia. Recuerdo complacido la veneración con que yo contemplaba la fuerte y original casona de donde salí, para asombro del mundo, la más hermosa de las constituciones. Debéis reconstituirla como antes. Se trata del más sabio monumento que podréis ofrecer a la contemplación de las generaciones. Crimen ha sido echarlo al suelo. Gloria será levantarlo de nuevo.

Recuerdo también el silencio penetrante de las noches santafecinas, mi pueril embeleso al divisar a través del río las luces de la ciudad del Paraná, que me parecían de mágico efecto, y mis diversiones, entre ellas la de subir al tranvía a caballo patriarcal: paraba gentilmente a la altura de la calle donde se le indicara al conductor.

Saludo al primer mandatario de la Provincia. Su presencia me recuerda especialmente en este momento a su padre, gobernante progresista quien supo aquilatar, en medio de la tormenta, el valor de Sarmiento, al punto de disponerse a prestigiar su nombre para una segunda presidencia de la

(*) Conferencia pronunciada en el paraninfo de la Universidad en el acto de homenaje realizado por la misma el día 8 de setiembre.

Nación. Saludo, asimismo, al brillante educacionista a cuyo cargo corre la cartera de Instrucción Pública.

Y saludo, en fin, a la joven y destacada Universidad del Litoral y a su dignísimo Rector, universidad llamada a formar los técnicos y profesionales, presidir las investigaciones desinteresadas y estructurar el pensamiento de una de las zonas más ricas y florecientes del país.

Y entro en materia.

El acontecimiento que la República conmemora debe ser aprovechado, a nuestro modesto entender, para realizar el examen sereno de la personalidad de Sarmiento y desentrañar sus elementos fecundos y viables, de modo que las nuevas generaciones los incorporen al caudal vivo de su experiencia.

Sarmiento, él mismo lo dice, pertenece a esa categoría de hombres que despiertan adhesiones fervientes y odios implacables. En ese sentido, la gama de opiniones se extiende desde quienes se colocan en situación espiritual análoga a aquel senador que, al votar su ascenso a general, dijo que a Sarmiento lo votaría incluso para Papa, hasta los que le atribuyen todas las calamidades del país. El número de componentes del último grupo ha mermado considerablemente mientras que el de los primeros ha crecido en iguales proporciones.

Sarmiento sigue siendo un hombre bandera: esto es lo importante. Libra a cincuenta años de su muerte batallas terribles, como si siguiera viviendo. Sufre ataques violentos y ciegos ditirambos y, lo que es peor, unos y otros provienen, a menudo, del conocimiento fragmentario y superficial de su vida y de sus obras. La actitud que cuadra consiste en su estudio reflexivo y cordial, a la luz de un criterio desprejuiciado, libre de cualquier atadura que no sea la que surja del sentimiento de lo justo, cuya ausencia denuncia una depravación moral, y del claro discernimiento de la verdad. Pues como lo manifestamos en otro lugar, Sarmiento pertenece a la progenie de hombres que se engrandecen bajo el peso formidable de la verdad.

El, que tenía el puño lleno de verdades, las reclama como nadie para sí. Estaba seguro de que en el balance final el saldo le sería favorable.

¿Cómo sostener fundadamente que ha pasado a ser una mera expresión histórica? Si fuera así no se explicarían los debates que suscita ni el grandioso homenaje que la República le tributa. Desde luego, hay en su obra partes caducas y otras incorporadas a la vida ordinaria del país. Pero fundamentalmente Sarmiento continúa vivo y se mantiene actual como cuando alentaba sobre la Tierra. Desde cierto punto de vista, incluso, más actual hoy que entonces. Porque una de sus características de hombre de genio finca en haberse adelantado a su tiempo y ser, a ratos, más contemporáneo de nosotros y de nuestra posteridad que de su época.

Esta consideración merece ampliaciones. Con el rodar del tiempo envejecerán numerosos elementos de la obra y del ideario sarmientista. ¿Pero envejecerá completamente el propio Sarmiento? Estamos persuadidos de que no. Veamos prietamente los motivos.

Sarmiento mismo, como ocurre en muy contados casos, es inseparable de su obra. Desde la cuna a la tumba constituye una personalidad que se va integrando continuamente, aun a través de las creaciones aparentemente más impersonales y objetivas. Impelido por ciertas fuerzas como instintivas, procura, a partir de sus pasos iniciales, ser fiel a su índole propia, no aceptar que sea falseada por las solicitudes del medio o por compromisos culpables. Como el metal noble ofrece a cada instante, en su inconfundible efigie psicológica y moral, la garantía de su nunca desmentida autenticidad.

Y las existencias como la de Sarmiento, plenamente vividas al aire libre, por decirlo así, máxime cuando se desenvuelven majestuosamente en el plano creador y directivo, presentan un cuño de legitimidad que las hace inmortales.

Sarmiento ofrece el ejemplo de un carácter integérrimo, enderezado siempre hacia fines ideales: el propio perfeccionamiento y la elevación de la patria y la humanidad. Es al-

go más que un carácter: es un carácter prototípico, uno modelo de caracteres. Y éstos son imperecederos. Pasó la Grecia antigua, dejando tras de sí una estela luminosa y produciendo en todos los espíritus sensibles el estremecimiento sagrado de las cosas henchidas por el soplo de la eternidad. Pasó la “gloriosa Atenas coronada de violetas”, según el verso de uno de sus vates insignes. Y quedan firmes sus varones burilados por Plutarco en mármoles que desafían la acción del tiempo. Las generaciones reciben de esas vidas la lección del ejemplo estimulante, la irradiación sutil de las potencias anímicas, infinitas e inagotables a través del espacio y de las centurias. Pues bien: Sarmiento es un varón de Plutarco, uno de los cinco o seis grandes caracteres que América ha producido para ejemplo y solaz espiritual de la humanidad.

Cuando le vemos pedir con afán el otorgamiento de un título doctoral o cuando ansía el generalato, pareciera asignar, a esas jerarquías, tan honrosas desde luego, desmedida importancia. Pero no: anhela realizarse plenamente en todas las direcciones que apuntan en su múltiple personalidad. No busca la mera exterioridad, el brillo aparatoso; quiere proyectarse, dar salida a las fuerzas que caldean su espíritu y ser, a todas horas, idéntico a sí mismo, ser Sarmiento, pues ello, conforme dice en una oportunidad solemne, “valdrá mucho más que ser Presidente por seis años o juez de paz en una aldea”. Ser Presidente, añade, no lleva a sobrevivir diez años; un nombre persiste perennemente.

En esa medulosa expresión está contenido Sarmiento plenamente. Dice valdrá más seguro del porvenir que del tornadizo presente. Y dice Presidente o juez de paz en una aldea; eso es muy interesante. Tachado a cada rato de vanidoso, carece por completo de nuestras dos vanidades más funestas: la literaria y la del cargo.

Para él no existen puestos chicos y puestos grandes: depende de quienes lo desempeñen. Un alcalde que afronta con entereza una situación difícil merecerá acaso la gloria y un gobernante encumbrado que no cumple con su obligación se-

rá perseguido por la execración general. A juicio de Sarmiento, no debe vacilarse en aceptar una posición, por modesta que sea, siempre que desde ella se pueda ser útil a los semejantes. Por eso ocupa de nuevo la dirección del régimen escolar después de la presidencia de la República, sin sentirse, por cierto disminuído. Más tarde pretende una diputación nacional por su provincia y, es vencido malamente por un oscuro ex jefe de policía. Demás está significar que éste pasó a la historia como el hombre que derrotó a Sarmiento. ¿Y no lo derrotó, también, un boticario alemán, en esa postrera etapa de su vida, en unas elecciones de concejales realizadas en la Capital Federal, nada menos?

Sarmiento, acabamos de manifestarlo, acepta un cargo en cuanto nota que puede hacer el bien al prójimo. Debemos rectificarlos. No acepta, más todavía, pide un nombramiento, si en sus manos está proteger a unos pobres animalitos. De ahí que siendo ya figura consular de la República solicite la designación de juez de paz en la entonces aldea de Junín al solo efecto de evitar la matanza de unas hermosas aves.

Como veis no es mera retórica el vínculo establecido entre el más alto cargo en nuestro país y el de juez de paz en un villorio; pasa por ambos en ese orden, como para probar que después de haber recorrido en escala ascendente la jerarquía de los hombres, era capaz de repararla en sentido descendente, sin mengua para su nombre, ni siquiera en el instante de aparecer escandalosamente desplazado.

De lo precedente se desprende una enseñanza perdurable para la juventud: hacer obra efectiva donde se esté; no sentirse rebajado o engrandecido por los cargos que se desempeñe; servirlos a todos con igual fervor y armarse de estoicismo y de coraje para afrontar incomodidades y sinsabores, sin rehuir jamás la consiguiente responsabilidad.

Una carta inédita de Sarmiento a su hija Faustina, fechada en Nueva York en septiembre de 1867, apoya esta interpretación. La conocemos gracias a la amabilidad de las nietas del prócer, Eugenia y Elena Belin Sarmiento. El pro-

hombre cuenta ya entonces con partidarios devotos de su exaltación a la presidencia; su hija le escribe pintándole la situación harto delicada del país y sus temores de que de nuevo caiga presa de la anarquía; le aconseja que siga gozando de la posición tranquila y espectable que disfruta en el exterior y le insinúa la conveniencia de declinar su candidatura.

Sarmiento le responde que lejos de arredrarlo esas dificultades le obligarían antes bien a volar donde sus conciudadanos le llamaren *no a gozar honores, que no son tan grandes como lo creen, sino a poner mi hombro en el edificio que se desploma, a trabajar humilde y valientemente, como el pobre sanjuanino cuando él vió amenazada de tragarse la ciudad* (se refiere a San Juan castigada por las montoneras del Chacho).

Y prosigue: *Las maldiciones de los unos, las injurias de los otros, serán mi recompensa, pero tengo la fe que no me abandonó nunca, de que con trabajo, con decisión, con conocimiento de los males del país y sus causas se puede llegar al fin a levantar ese país y elevarlo, al menos a la condición de los que se cuentan por civilizados.*

Prestemos ahora atento oído a las reflexiones que desvuelve ante su hija, quien fué, por lo demás, abnegada educadora: *Este es el efecto que me ha producido tu carta. Es preciso que te armes de coraje como tu padre que acepta la vida como nos viene, sin creerse con derecho a una felicidad en la tierra que nos ha sido negada.*

Y luego le formula una pregunta que estremece hasta las últimas fibras del ser y cuya profunda sinceridad rubrica el carácter doblemente íntimo de la misiva, *Por qué serías más feliz que tu patria?... ¡Qué moral límpida y austera fluye de este interrogante perdido en una pieza privada! ¡Cuántas consecuencias venturosas se infieren! Pues si todos se identificaran de corazón con la patria, si compartieran por entero sus tribulaciones y sus penas, todos también buscarían la manera de hacerla siempre dichosa, para que su felicidad se confundiera con la propia.*

En seguida continúa así la carta acotada: *Acabemos pues con las lágrimas! Sé mi hija en eso, en sufrir, en trabajar, en esperar, para mañana o más allá del sepulcro, tú, en otra vida mejor que esperas; yo en la justicia de la posteridad, que es el cielo de los hombres públicos.*

En este documento se palpa, por decirlo así, el secreto de la grandeza de Sarmiento: se consagra al bien público con la unción con que el místico se consagra a Dios. Las tres palabras de su misticismo son: patria, educación y gloria. Engrandece a la patria con cien iniciativas diversas; difunde la educación con la fe encendida de los misioneros que propagan el Evangelio y anhela por única recompensa la gloria. La proclama "la más noble, la más grande y la más útil pasión humana", porque conduce a "ser ciudadano y conquistador de gran número de naciones". Embebido en ese ideal desprecia a la fortuna cual "bagaje pesado" en la lucha y muere en la limpia pobreza con que vino al mundo. Brega por la atracción de los corrientes inmigratorias, por el fomento de la industria, de la agricultura, del comercio, porque son agentes poderosos de la prosperidad de las naciones, pero a condición de que no desplacen a los valores morales, estéticos e intelectuales. Y cuando, por desgracia, esto ocurre se aflige sobremedida; denomina *era cartaginesa* a esa etapa grisácea de nuestro desarrollo, a cuyos comienzos asiste, caracterizada exclusivamente por el ajeteo mercantil, los negocios afiebrados y el crudo materialismo, etapa de la cual no hemos salido del todo aún.

Reclama educación con apostólico empeño, porque la educación se propone crear hombres y a los hombres se los debe modelar desde las aulas primarias. Pero encuentra que el ciclo elemental de enseñanza es de suyo insuficiente y llega en cierta oportunidad a señalar la conveniencia de extender a toda la juventud los beneficios del colegio nacional, tomado como un ciclo preparatorio para la vida y no cual puente obligado tendido hacia la universidad. La tendencia que hoy en día apunta en eminentes pedagogos de retener en las

aulas a los muchachos hasta los 18 años como mínimo, como medio de suministrar a la mayoría los conocimientos indispensables a su mejor desarrollo, contaría a Sarmiento como uno de sus precursores. No le entusiasman las universidades puramente doctorales; le gusta que sean centros activos de investigaciones, adaptados a las necesidades regionales de los países; preconiza la conveniencia de fundar una de índole minera y agrícola en San Juan.

Lucha por elevar a la Argentina y a América mediante la atracción de fuertes contingentes inmigratorios. Estos fomentan la riqueza, inoculan hábitos de orden y de labor y regeneran a los elementos nativos. Extiende su mirada a todo el continente; aconseja remedios aprovechables por cuantos países lo forman.

Es una de las mayores figuras continentales. Constantemente piensa en los destinos de ambas Américas. Como si adivinara lo que está ocurriendo en la actualidad, las quiere espiritual y políticamente unida, para oponer un bloque indestructible a las corrientes que las amenazan en sus bases. Lucha por la elevación conjunta de los países de la América latina y les traza el programa a seguir para conseguirlo. Desea que la concordia y el sentimiento de fraternidad se extiendan como una bendición en este hemisferio.

Su pacifismo es de antigua data. Pregonaba la necesidad de instaurar la política del arbitraje en las disputas entre naciones; despidió al ejército del Paraguay como al último que participa en una contienda fratricida; un ministro suyo lanzó aquella fórmula sublime: *la victoria no da derechos*, coincidente con sus más entrañables inspiraciones: fórmula que en otras latitudes sonará como candorosa paradoja pero que en América tiene comienzos de vigencia. Cuando está a punto de hacerse cargo de la primera magistratura de la Nación repite un concepto de su juventud, a saber, que la misión de los ejércitos ha terminado y entra a llenar la suya el maestro de escuela, pensamiento contrariado en el Viejo Mundo por

la espantosa brutalidad de los acontecimientos, pero cuyo sentido ideal, con todo, vibra en la conciencia humana como una de sus más ardientes aspiraciones. Y en 1874, en su postrer Mensaje al Congreso, al mencionar ciertas dificultades con algunos países limítrofes, sostiene textualmente que no hay que fiar “a la olas y a los vientos del mar, o a la impericia de un general, cuestiones que resolvería un juez de paz bien intencionado”. Si esta observación achica intencionadamente la magnitud de las diferencias ventiladas entre las naciones de América, destaca en cambio, la idea de que nada, en absoluto, debe empañar, en forma duradera, sus horizontes internacionales. Y en el mismo Mensaje afirma que del propio modo como en la América del Norte originóse el principio de la libertad, de la del Sur debiera salir el de la supresión de las guerras en las relaciones entre sus Estados, principio que acaba de tener solemne confirmación con la paz del Chaco.

Su don profético le permite adivinar acontecimientos y direcciones futuras de la humanidad. Así en 1855, cuando está de moda explicar los choques bélicos por antagonismos raciales, se adelanta a hacer este genial vaticinio: “Parécenos ver algo más serio que lucha de razas de que habrían desaparecido las trazas sobre la tierra. *¿No será por ventura lucha de industrias, de poderes de desarrollo, y de fuerza de expresión la que se inicia?*” Dos años después escribe: “Las cuestiones económicas son las únicas que pueden interesar a un pueblo en favor de otro”. Y teniendo tanta admiración por los Estados Unidos prevé la posibilidad de su imperialismo. De ahí que formule en el año de su muerte una aclaración expresa a su pensamiento, concebida en los siguientes términos: “Pero es necesario fijar bien el sentido de esta hegemonía americana que concedemos a la grande república del Norte, *no sea que espíritus educados en el antiguo régimen estén soñando en engrandecimientos, anexionos, conquistas, absorciones*”.

En Sarmiento, como se advierte, se combinan armoniosa-

mente dos aptitudes que raras veces se reúnen en ese grado en el mismo hombre: por un lado el sentido exacto de la realidad inmediata, seguida hasta en sus menores detalles y, por el otro, la facultad de penetrar por el raciocinio y la imaginación en etapas posteriores a la suya. Esto le permite enlazar diestramente el presente con los tiempos venideros, descubrir por anticipado escollos y tropiezos y salvarlos antes de que se transformen en infranqueable montaña.

Para que América pese decididamente en los destinos del mundo; para que no resulte triste víctima de la codicia imperialista; para que suministre días de gloria a la humanidad, Sarmiento traza el programa de su rápida y enérgica ascensión política y cultural. Ese programa demanda el acceso al sueldo y a las fuentes culturales de las grandes masas, su elevación moral y económica. Por esto le asigna tanta importancia a la solución del problema agrario; constituye, lo asevera, la causa a la cual ha dedicado mayor estudio. Difunde con fervor apostólico la instrucción primaria, no con el exclusivo objeto de que el pueblo sepa leer y escribir, sino porque de tal suerte las clases sociales y las razas más diferentes se unen y confraternizan en los bancos de la escuela y desaparecen o se atenúan los abismos de odios que impiden el desarrollo regular y orgánico de las viejas sociedades.

Sarmiento comprende lúcidamente que la verdadera democracia tiene su centro en la escuela, o no lo tiene en ninguna parte. Muchos pueblos, incluso algunos regidos por instituciones democráticas, padecen graves males y se exponen a graves disturbios, porque si bien fomentan la instrucción primaria, escinden artificiosamente a la sociedad, dificultan el avance de las capas más numerosas en la órbita educacional y en la económica y obstan a lo que puede haber de más sagrado en el hombre: el libre desarrollo de su personalidad.

La escuela argentina, tal como la ha formado y nos la legó Sarmiento, será siempre un baluarte contra la regresión

y la barbarie, la primera sólida base de la capacitación del pueblo, el instrumento que acerca los estratos sociales, combate pronunciados desniveles y estimula las aptitudes en germen de la infancia, cuyo pleno florecimiento constituye el desiderátum de todo sistema de educación digno de tal nombre.

Su alto concepto de la dignidad humana le mueve a considerar que nuestros antepasados no vivieron en vano; a través de sus prolongadas contiendas afirman la existencia de los derechos imprescriptibles del hombre. Ningún régimen de gobierno puede aherrojarlos, ninguna Constitución desconocerlos. Si fuesen arrasados, lo serían temporariamente; pronto serían restablecidos.

Su amor por el pueblo es auténtico; jamás lo halaga demagógicamente. Al contrario, aunque se enoje le dice la ruda verdad. En carta confidencial a su amigo más íntimo, el tucumano José Posse, escribe: “¡No tienen tierra en Tucumán para dar *hogar* a los que nada poseen! No abandonen en sus trabajos electorales al pueblo, así ignorante, sucio como es. Esta es la República; esa la verdad ¡y por qué temerle, o hacerle ascos a la verdad!”.

Y añade esta grave reflexión: “Hagamos una verdad a nuestra semejanza. De lo contrario, estos cortos delirios de libertad han de ser calmados por los que saben explotar la materia de nuestras masas inermes y hacer de ellas *ceros a la derecha*, para hacer valer sus unidades”.

El ejercicio de la libertad demanda la constante educación de las muchedumbres. Una educación en todos los terrenos, no solamente en el político. La obra es muy larga y difícil. Sarmiento lo sabía como pocos y comprometía en el arduo esfuerzo sus alientos de titán. Si alguna virtud tiene nuestro régimen de gobierno finca, justamente, en exigir cada vez mayores esfuerzos de los ciudadanos para que se muestren a su altura. Lealmente aplicado, incita día a día al perfeccionamiento de cada uno, a objeto de hacerse digno de la soberanía que ejerce como miembro de un pueblo. Los males de la

libertad se curan mediante una libertad más elevada y auténtica, y esto, contra lo que se cree generalmente, implica sutiles deberes y tremendas responsabilidades. La libertad lleva consigo en ocasiones — ¡cómo desconocerlo! — el gusano que la roe, pero también los elementos que la sanean y fortifican. Ningún otro régimen posee esa virtud autoterápica. La libertad es la atmósfera natural dentro de la que germinan las genuinas vocaciones y reciben aliento todas las capacidades.

Allí donde apunte un carácter acrisolado, una energía esclarecida, un talento creador la nación debe acudir en su ayuda y brindarle su incentivo. Ella aspira a asignar a cada uno de sus hijos el sitio que le corresponde de acuerdo a sus antecedentes reales y a su capacidad efectiva, sin fijarse en condiciones sociales o de fortuna. Tal el Norte ideal a que tiende nuestra República desde los días augurales de la Revolución de Mayo, el mandato histórico que viene a cumplir sobre el planeta.

La libertad bien entendida exige imperativamente el ejercicio de una activa y vigilante autoconsciencia para comprender los deberes y los derechos de cada uno, discernir sensatamente acerca de los problemas que afecta al Estado y disponer los valores de tal modo que siempre primen los mejores. La nación que contrariara estos principios conspiraría contra la esencia propia del gobierno y se resentiría de sus consecuencias.

La escrupulosa observación de los anteriores postulados torna más perentoria la tarea de educar al soberano, preconizada por Sarmiento. Y si insiste una y mil veces en el punto, sino se cansa de su apostolado, es porque percibe que las jóvenes nacionalidades americanas deben cimentar por agencia de la educación muchas de las condiciones que los países seculares poseen naturalmente, a causa de su prolongada sedimentación histórica.

Otro aspecto que jamás perecerá del prohombre es el escritor. ¡Qué producción extraordinaria la suya, tanto por la

calidad como por la cantidad! Escribe durante medio siglo seguido; día a día tiene pendiente de su pluma a Chile entero, a la Argentina más tarde. Cada artículo suyo constituye un acontecimiento; uno solo le basta para hacerse famoso en el país hermano y gravitar en adelante sobre su vida cultural y política. Sacude el ánimo, lo conmueve, a veces lo irrita, siempre lo deleita e instruye. Nadie queda indiferente frente a esa prosa robusta que avanza como ciertos aluviones que bajan impetuosamente de las montañas a fecundar valles y llanuras.

A pesar de escribir al correr de la pluma, sin introducir enmiendas ni correcciones, tiene aciertos únicos. Nadie en nuestro idioma le aventaja en la nota épica y fustigadora de *Facundo*, nuestro libro genesiaco, en la animada y colorida de los *Viajes* y en la íntima y confidencial de *Recuerdos de Provincia*. Se vuelca de cuerpo entero en sus obras; el lector lo contempla como a un soberbio espectáculo de la naturaleza, a cada rato cambiante y novedoso.

Su pincel literario recuerda a los cuadros de Velázquez y de Goya y como Dante encuentra poesía lo mismo en el infierno que en el paraíso. Es el primer escritor de la América latina, el más original y recio, el que remueve un mayor caudal de ideas. Las siembra a montones, sin tener tiempo de desarrollarlas completamente, a fuerza de ser tantas. De ahí que como de paso y sin quererlo enuncie verdaderas profecías y apunte conceptos que, desenvueltos luego por otros pensadores de América y de Europa, se convirtieron en sabias doctrinas.

No toma la pluma por alarde literario ni por vano pasatiempo, sino para pelear por sus iniciativas y realizarlas. Cuando escribe sigue siendo un formidable hombre de acción. Su pensamiento es dinámico; no creemos que haya en la literatura de lengua española otro ejemplo en el cual se fusionen tan estrecha y acabadamente la idea y la acción. Brega siempre por cosas concretas, por instituciones útiles. Aprecia más

los frutos jugosos que la inefable belleza de las flores, no obstante lo cual, en un raptó de genio, se detiene al borde mismo del precipicio donde se sepultan inexorablemente todos los que sacrifican la verdad, la hermosura y el bien a la utilidad. Lo expresa en palabras merecedoras de ser grabadas en letras indelebles y de ser puestas al frente de las instituciones que, como las universidades, propulsan la investigación desinteresada: *La manía de hacer cosas útiles nos lleva a matar en su origen el pensamiento útil.*

Su palabra de escritor es oída, pues se ciñe a normas éticas que sirven de paradigma a los hombres de pluma, quienes ejercen el poder espiritual y el espíritu despliega sus alas en las esferas de la más alta moralidad. *Para ser escritor en la prensa, asevera Sarmiento, es preciso haber ceñido la espada del guerrero y conservar toda su vida el cilicio del monje; no aspirar a comer sino el pan seco del soldado, y no recibir mendrugos del poder, que suelen a veces contener estricnina.* Estas normas, severas como las disciplinas de los místicos, explica la inmensa autoridad moral que respalda cada letra suya.

Y, en fin, persisten hoy, a menudo con más vitalidad que en sus horas iniciales, casi todas las creaciones del patricio. Cada escuela o cada biblioteca que se levanta en nuestra América es un templo erigido a su memoria, cada diario y cada libro están como impregnados de su recuerdo. Los maestros, los niños y las mujeres lo contemplan como a un segundo padre, los escritores, los artistas y los críticos le saludan como a un precursor y a un maestro, los militares y marinos como a quien comunica a la carrera de las armas el brillo y la solidez de la ilustración metodizada, los agricultores, los hombres de empresas, los obreros, los inmigrantes, hasta los árboles y pájaros como a su infatigable tutor.

Símbolo de estadistas americanos y el más popular de nuestros grandes, nos ha legado una opulenta herencia. Debemos mantenerla y acrecentarla. Desde la eternidad aun pa-

rece lanzarnos voces de admonición y de coraje. Apresuremos la marcha, que ya estamos en retardo en comparación a sus esperanzas, no perdamos minuto alguno, pues se acercan días grávidos de responsabilidades. América debe contar urgentemente con los quinientos millones de habitantes cultos y laboriosos con que audazmente soñó este vidente para convertirse en madre de la nueva humanidad redimida por la libertad, la cultura, el bienestar moral y material y el respeto de todos los derechos.

ALBERTO PALCOS
